

Cortés, Bartolomé de Torres y Pedro Lobato, mercaderes estantes en México, para ver los bienes que quedaron de Pedro Delgado, su cuñado, fallecido en la capital de la Nueva España<sup>31</sup>. De los nombres citados, Bartolomé de Torres es probablemente el mismo librero que estaba en Alcalá de Henares en la década de los cuarenta, mientras Pedro Lobato pertenece a una conocida familia de Medina emparentada con Mateo del Canto, los Lobato del Canto, y otro tanto cabe decir de los Delgado. La recuperación de los bienes originó el obligado pleito con el librero Alonso Gómez de Udicaña, quien pedía a Mateo del Canto el importe de los libros y mercaderías que había enviado al dicho Pedro Delgado, a Indias<sup>32</sup>.

Otra noticia, esta vez fechada en 1577, es indirecta: Jean Bailliens, «dit de Paris», encuadernador de libros residente en Medina, se da por contento de mil novecientos siete reales, resultado de la encuadernación de unos libros de Benito Boyer destinados a Juan Fajardo, vecino de Sevilla estante en Indias<sup>33</sup>. El mismo Benito Boyer enviaba, en 1580, poder a Diego Navarro Maldonado y a Diego de San Román, de México, para cobrar del anterior Juan Fajardo<sup>34</sup>. En 1581 Domingo Portonaris manifestaba en la villa de las ferias estar obligado con Francisco Pérez de Vargas, en 151.000 maravedíes que había cobrado de Indias a su nombre<sup>35</sup>.

Siguiendo el mismo sistema al hablar de las relaciones entre Medina y Sevilla, debemos destacar el acuse de recibo, en 1583, por parte del librero Alonso de Mondragón y por medio de Miguel Martínez de Jauregui y de Jerónimo de Jauregui, de Sevilla, de 40 pesos de plata, enviados por Gracián de Barzola desde Nueva España<sup>36</sup>. En 1584 Benito Boyer envió dos balas de libros «de leyes y romance y otras facultades», por precio de mil noventa y dos reales, solicitadas en forma de pedido por el licenciado Juan de Mercado, oidor de Santo Domingo<sup>37</sup>. En España habría sido un pedido de libros que interesaban personalmente al oidor. En América no podemos descartar que el propio oidor no se dedicase a revender los libros en parte o en su totalidad. En 1586, en la flota que partió para el Perú, Juan Terci envió a Juan Jiménez de los Ríos, librero de Lima, ocho cajas de libros con la intención de repartir los beneficios, mitad por mitad<sup>38</sup>. Jiménez de los Ríos procedía de Valladolid, donde en 1577 había tenido el monopolio de venta del *nuevo rezado* en el arzobispado de Santiago de Compostela y en los obispados de Palencia, Astorga y Lugo<sup>39</sup>.

En 1593 la viuda del impresor medinense Francisco del Canto, Isabel Lozano, se encargó del envío a Lima, a su hijo Francisco del Canto, de seis cajas de libros por medio del sevillano Francisco del Peso Cañas; Martín de Córdoba daba poder a los también sevillanos Cristóbal y Martín de Aldama, para recibir de la Casa de Contratación 592 pesos de plata que desde México le había girado su «hermano» Hernando de Torres<sup>40</sup>. Un año más tarde, Hilario Benefont encargaba al licenciado Boán, oidor de Lima, el cobro de veintidós cajas de libros enviadas a Alonso y Francisco del Canto y setecientos sesenta y cuatro reales de una obligación<sup>41</sup>. Juan Boyer hacía lo mismo con respecto a otras veinte cajas<sup>42</sup>.

<sup>31</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 7.060, fol. 496.

<sup>32</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 7.062, 20 abril.

<sup>33</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 7.064, fol. 516.

<sup>34</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 6.720, fol. 324.

<sup>35</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 6.721, fol. 789.

<sup>36</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 5.890, fol. 24.

<sup>37</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 6.724, fol. 702.

<sup>38</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 6.738, fol. 314.

<sup>39</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 544, fol. 345 y leg. 610, 25 junio.

<sup>40</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 7.349, fol. 708v.

<sup>41</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 6.947, fols. 73 y 75.

<sup>42</sup> A.H.P.V. protocolos, id. folios 73 y 75.

En 1595 Martín de Córdoba, nuevamente, daba poder a Ambrosio Duport, factor de Pierre Landri y de la antigua casa de los Senetones y Pesnot, de Lyon, para cobrar seis mil reales que le enviaba Jaime de Robles, «vecino de Valladolid residente en Indias»<sup>43</sup>. En 1596 la viuda de Jusepe Osandón, Inés de Salazar, declaraba tener a su hijo Jusepe en Indias<sup>44</sup>. Finalmente, en 1598, Juan Boyer daba poder a Cebrián Gómez, de Sevilla, para recibir los dineros que en la próxima flota le había de enviar Jaime de Robles desde México<sup>45</sup>.

La trama entre los grandes libreros medinenses y América existe y a demostrarla contribuye la relación de documentos anterior. El problema es que para enviar los libros a América primero tenían que pasar por Sevilla y es en este punto donde existe un vacío. Alguien debía haber que sirviese de puente, bien un criado encargado de una sucursal, como las usuales de Salamanca, Toledo o Alcalá, bien un librero sevillano en condiciones de compañía. Es también posible que la exportación de libros a América fuese hecha fundamentalmente por los sevillanos, limitándose los grandes libreros a unas escasas y grandes operaciones. Lo que podemos decir de cierto es que los datos que relacionan la documentación americano-medinense con Sevilla no encajan.

Si las relaciones de los grandes libreros con América no están del todo claras en lo que tiene que ver con la exportación de libros, sí que lo están en lo que concierne a comercialización y fabricación ya en suelo americano.

La historia del libro en América habría comenzado con Esteban Martín, «de oficio imprimidor», y con un pariente denominado Andrés Martín, con tienda de librero abierta en México en 1538<sup>46</sup>. Sin embargo, el que pasa por primer impresor del continente americano es Juan Pablos, oficial del taller tipográfico de los Cromberger de Sevilla. Los Cromberger, como se ha señalado, tuvieron en sus manos el comercio de exportación de libros y de la imprenta en la Nueva España hasta que, reunidos los libreros sevillanos, lograron en 1542 que la Corona abriese la puerta a las exportaciones de todos los castellanos. Un dato concluyente de la apertura de las mismas es el repetidamente citado envío de Museti de 1547. Posteriormente, una Real Cédula, del 4 de septiembre de 1558, declaró definitivamente libre el oficio de impresor en México, lo que aprovechó inmediatamente Antonio de Espinosa, inicio de toda una nueva generación de impresores americanos<sup>47</sup>.

Hasta 1540, fecha en la que consideramos definitivamente organizado el comercio medinense, la presencia de los grandes libreros y de sus subalternos en el Nuevo Mundo es prácticamente inexistente. Tras la ruptura de los privilegios de exportación y de impresión y la organización de dicho comercio, tal presencia no va a ser ya rara. Nos hemos referido varias veces al envío de Juan Pedro Museti, representante de Claude Rainaud y Ginés Forniel y editor en 1544 de las *Obras* de Boscán, impresas por Pedro de Castro, por ser el primero, pero probablemente más importante es la noticia de la llegada de su hermano Juan Antonio Museti a Lima en 1544<sup>48</sup>, puesto que es de suponer que no dejaría de aprovechar la ocasión de vender libros a través de él. Antonio Ricardo, primer impresor del Perú, es otro de los frutos surgidos del

<sup>43</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 7.156, fol. 369.

<sup>44</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 7.208, fol. 409.

<sup>45</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 6.276, fol. 356.

<sup>46</sup> Luisa Cuesta Gutiérrez, «La imprenta y el libro de la América hispana colonial», *Gutenberg Jahrbuch*, 1957, 160-167. Separata de la *Cátedra de Historia de América de la Universidad de Valladolid*, a la que agradecemos las facilidades que nos han dado para manejar su biblioteca.

<sup>47</sup> Alexandre M.A. Stols, Antonio de Espinosa. El segundo impresor mexicano, 2.<sup>a</sup> ed., México 1964.

<sup>48</sup> Teodoro Hampe Martínez, «Presencia de un librero medinense en Lima (Siglo XVI)», *Revista Histórica de Lima*, XXXIX, 103-112.

ambiente de los grandes libreros. Originario de Turín, con lo que la exportación primeriza de profesionales desde Medina a América es de extranjeros, entre 1562 y 1563 llevó la representación del lyonés Guillaume Rouille, *Scuto Veneto*, quien no conforme con sus servicios le retiró su confianza<sup>49</sup>. Después pasó a servir a otro lyonés, Gaspar Treschel, en 1565<sup>50</sup>, con resultados parecidos. Cerradas las puertas del gran comercio castellano, buscó nueva fortuna en América, primero en México y luego en Lima.

Procedente del mismo mundo es Pedro Balli, otro de los grandes impresores mexicanos. Era hijo del salmantino Juan Balli y al quedar huérfano fue colocado, primero bajo la tutela del flamenco Matías Gast, impresor y librero medinense-salmantino, y finalmente, bajo la de Alonso Gómez de Udicana, librero e impresor medinense de origen sevillano<sup>51</sup>. Quedan resueltas así algunas dudas relativas a él, «acaso salmantino y formado en el taller de los Juntas, pero de ascendencia francesa», librero mexicano entre 1596 y 1600<sup>52</sup>: era realmente salmantino de nacimiento, hijo de Juan Balli, y no se formó en el taller de los Junta, sino en la imprenta de Matías Gast, en Salamanca, y en la tienda de Alonso Gómez Udicana, en Medina.

Francisco del Canto, segundo impresor del Perú y primero de Colombia, hijo del impresor del mismo nombre que tradicionalmente había trabajado en Medina para Benito Boyer, aparece instalado en Lima, con sus hermanos Alonso y Mateo del Canto, a finales de siglo. El traslado llevó al Perú a la familia prácticamente al completo, quedando en España el último de los hermanos, Santiago del Canto y la madre, Isabel Lozano<sup>53</sup>. La emigración fue obligada por la decisión de Benito Boyer de romper un viejo acuerdo con Francisco del Canto, padre, por el que éste se hacía cargo de todas las ediciones del más grande de los libreros del XVI. Faltando el favor de los Boyer, Benito y Juan, hubo que buscar en otra parte la forma de vida. Francisco del Canto tuvo la desgracia de ser perseguido constantemente por un Pedro de Salvatierra, «vendedor de libros y cartillas», del que no tenemos dato alguno, pero que nos suena a la familia de los Salvatierra, de origen vasco, que tuvieron su importancia en el negocio de la librería vallisoletana; vendía un producto típicamente vallisoletano, la *Cartilla* para enseñar a leer, que por otra parte podía vender cualquiera.

Otro conocido es Alonso Ruíz, «mercader natural de Medina del Campo que vive en las provincias del Perú», al que la viuda de Juan Boyer envió una memoria de libros a la que aludiremos más adelante.

Como resumen puede decirse que las evidencias de trato directo de los grandes libreros con América no son todo lo claras que debían de ser, pero que el protagonismo de estos personajes, franceses en su mayor parte, es evidente en la organización del mercado y la industria del libro en América del Sur. La Nueva España fue cuestión fundamentalmente andaluza, con los Cromberger, Pablos, Espinosa, etc. El Perú y Bolivia, en su residencia de jesuitas de Juli, son otra cosa. El primer librero conocido es de origen medinense, Juan Antonio Museti, y de la misma procedencia son el primer impresor, Antonio Ricardo, y el segundo, Francisco del Canto. Tanto en América del Sur como en la Central los primeros pasos fueron dados por extranjeros, Pa-

<sup>49</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 324, fol. 102v.

<sup>50</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 325, 20 noviembre.

<sup>51</sup> A.H.P.V., protocolos, leg. 7.052, fol. 147.

<sup>52</sup> Cuesta, op. cit., pág. 167.

<sup>53</sup> Aurelio Miró Quesada, «La imprenta de Antonio Ricardo, la primera en América del Sur», San Marcos, 14 (1976) 3-26.